

1

Se dio la vuelta y apoyó con suavidad la mejilla en la esquina de la almohada, intentando acomodarse. Medio dormida y entre sueños sus piernas buscaban puntos de frescor bajo las sábanas.

Entre la bruma de sus sueños podía distinguir el movimiento de las cortinas y el aire húmedo y frío que se colaba por la ventana que daba al océano. Era un indicio de que por la mañana el sol brillaría entre las nubes.

Era un día de abril en Los Ángeles, el mes preferido de Nikki Brant. Las cosas iban bien en ese momento, mejor de lo que lo habían hecho nunca.

Alcanzó una segunda almohada en la oscuridad y la acercó, se acurrucó en ella imaginando estar acompañada. Soñaba con su secreto, un secreto muy especial que le había contado su médico justo después de comer. Empezaba con una sola palabra:

«Felicidades».

Nikki apenas escuchó el resto. No pudo registrar nada después. Su corazón se desbocó impidiéndole concentrarse, el mundo se confundía en un placentero y vago recuerdo. Todo había comenzado en el instante en el que la doctora entró en la consulta con una gran sonrisa en la cara, en el momento que se fijó en el brillo que desprendían sus ojos.

Pero en realidad solo se lo estaba confirmando; en el fondo, ella ya lo sabía.

Se movió ligeramente y abrió un poco los ojos. Tenía la sensación de que alguien había entrado en la habitación. Era James, que volvía a casa después de otra larguísima jornada de trabajo. Podía apreciar su contorno en la oscuridad gracias a la luz del radio-despertador que había detrás de él y que marcaba su silueta en azul neón. Parecía como si la estuviera observando desde el

pie de la cama mientras se quitaba la chaqueta y se aflojaba la corbata.

Oyó ladrar a un perro en algún lugar del vecindario. Pensó que podía tratarse de ese pequeño terrier blanco que vivía a tres casas de la suya, pero no estaba segura. La doctora le había recetado una medicina para ayudarle con las náuseas y le había avisado de que, aunque era inocua, la haría sentirse un poco somnolienta. Cuando el perro dejó de ladrar, Nikki observó el cuerpo de James pero, al empezar a marearse de nuevo, volvió a tumbarse. Notaba su cuerpo fatigado aunque satisfecho.

Se habían conocido tres años antes, cuando un amigo común les presentó en la escuela de postgrado de la Universidad de Oregón. En un principio, James se había mostrado nervioso e impenetrable. Estaba en su último año de universidad, en la Escuela de Negocios de Lundquist. Ella estaba finalizando su tesis en Historia del Arte y la habían contratado en una pequeña universidad de Pasadena para empezar a dar clases el curso siguiente. En aquel momento parecía como si pertenecieran a planetas distintos y sus vidas estuviesen girando en direcciones opuestas, pero la insistencia de James la acabó de convencer. Había algo en su sonrisa, en su manera de contarle chistes malos y mirarla con esos enormes ojos oscuros. En menos de seis meses ya estaban viviendo juntos. Se casaron justo en el primer aniversario de su primer encuentro. No se fueron de luna de miel; estaban demasiado ocupados haciendo la mudanza. Encontraron una casa en la zona oeste de Los Ángeles a poca distancia de la playa.

¿Cuándo podría contarle su secreto?

Volvió a abrir los ojos. James seguía al pie de la cama. Se preguntaba cuánto tiempo habría dormido, pero no podía ver la hora porque él estaba justo delante del reloj. Después de unos instantes, se sacó la camisa de los pantalones y empezó a desabrochársela.

¿Cuándo contárselo?

Esa era la clave. Quería decírselo en el momento adecuado.

Durante los últimos diez días, James había estado trabajando durante toda la noche y solo había venido a casa a descansar unas pocas horas antes de ducharse, cambiarse y volver al trabajo. Era el director financiero de una pequeña empresa que se iba a fusio-

nar con otra más grande. Era un joven que trabajaba en una empresa aún más joven por la que nadie daba un duro y él era el responsable de ultimar los detalles financieros de la operación. Aunque le había contado que se trataba de una fusión amistosa, parecía nervioso, irritable incluso. Él sabía que aquella fusión suponía una manera de probarse a sí mismo, y esperaba seguir siendo necesario en la nueva empresa resultante.

Se quitó de encima las sábanas.

Más allá de la manta pudo ver cómo dejaba los pantalones en la silla y se bajaba los calzoncillos. Cuando se agachó para quitarse los calcetines, Nikki vio por fin la hora en el despertador. Era pronto, solo la una y media de la mañana. Cuando le había llamado por teléfono a las diez de la noche le había dicho que se verían por la mañana. No podía distinguir su cara en la oscuridad pero le pareció distinguir una sonrisa. Quizá hubiera decidido descansar aquella noche. O quizá es que simplemente ya había terminado el trabajo y por fin podrían retomar su vida matrimonial.

Quería hablarle, pero le daba miedo que adivinara su secreto por el tono de su voz. Quería dormir con su secreto, guardárselo para sí. Disfrutar de él una noche o dos hasta buscar el momento más adecuado. Sabía que no iba a ser fácil, que James no se iba a alegrar con la noticia tanto como ella. La semana anterior le había dado un par de pistas como para tantearle, pero todo había desembocado en una enorme discusión. Una discusión horrible que había durado más que todas las anteriores y que había acabado en un tortuoso día de «tratamiento de silencio». ¿Por qué no podría él comprender lo importante que era aquel asunto para ella?

Aquel estúpido perro estaba ladrando de nuevo. Esta vez más fuerte, con un tono más elevado.

Notó cómo James se le acercaba en la oscuridad. Retiró la segunda almohada y se deslizó bajo las sábanas hacia el lado de la cama donde estaba ella. La besó en la boca, más profundamente de lo que esperaba. Con más fuerza. Cuando la rozó notó que quería hacer el amor. Sonrió, suspiró y le besó con los ojos cerrados; deseó no haber tomado aquella estúpida pastilla.

Le acarició la barbilla con el dedo. Podía oler el aroma a manteca de cacao del jabón que usaba en la oficina, lo que le recordaba a aquellos días de relax y descanso en los que disfrutaban de la

playa. Un olor que parecía fuera de lugar en aquella fresca noche de abril.

Cuando se giró por encima de ella y la penetró, ella lo abrazó y se mantuvo así todo lo que le permitió la pastilla. Notaba cómo se abandonaba y se iba quedando dormida, con su secreto bien guardado dentro de ella. Se alegraba de que James hubiese llegado pronto aquella noche, de poder estar así, juntos. Así era como se suponía que tenía que ser su vida.

James y Nikki Brant, juntos.

Curiosamente no recordaba haber oído el sonido del coche al entrar en el garaje de la casa, ni tampoco el sonido de la puerta de entrada con su característico crujido.

2

Lena Gamble dejó el crucigrama del periódico encima de la mesa y cogió su taza de café. La bebida estaba ardiendo y tenía el aroma y sabor perfectos. Era del Starbucks, lo había comprado en el de Beachwood Market y costaba tres veces más que cualquier otra marca. Pero para Lena el coste extra merecía la pena; era el gran regalo que se hacía a sí misma. Lo preparaba taza a taza cada mañana, lo hervía en una tetera con filtro y calculaba las cantidades como si fuera una adicta administrando su dosis de droga en una cuchara incandescente.

Sentada junto a la piscina, intentaba espabilarse mientras contemplaba cómo amanecía en la ciudad de Los Ángeles. Su casa, situada en una colina sobre Hollywood, al este de Cahuenga Pass y justo al oeste de Beachwood Canyon, disfrutaba de unas vistas magníficas. Desde ahí veía cómo se acercaban unas nubes bajas desde el océano, a unos veinticinco kilómetros, y el Westside, todavía cubierto bajo un inhóspito manto gris. Hacia el este, el mar aparecía encendido y la Library Tower, el edificio más alto al oeste de Chicago, brillaba con un resplandeciente y ardiente color anaranjado que parecía vibrar en el despejado cielo azul.

Durante unos quince minutos la ciudad pareció la estampa de una postal turística de un lugar paradisíaco. Durante ese tiempo al menos la paz parecía reinar en la ciudad.

Por supuesto, aquello era tan solo un espejismo que engañaba los sentidos. Lena sabía que Los Ángeles era la capital del crimen del país. Durante el último mes se habían cometido treinta y tantos asesinatos, más de uno por día. Pero esa mañana el aire parecía hasta limpio, las calles casi manejables y todavía podría disfrutar de otra media hora más o menos antes de marcharse a trabajar.

Se volvió para echar una mirada hacia la casa y reparó en que

se había olvidado de cerrar la rejilla que protegía la puerta corredera de la entrada. No obstante, no se levantó. En su lugar se apretó bien contra la silla y dejó vagar su mirada por los escalones que bajaban desde el porche y que daban al camino de piedra que bordeaba el jardín. Luego siguió con la mirada el costado de la casa hasta la ventana de su dormitorio, situado en el primer piso. No es que fuera una casa grande, pero aun así era lo que la mantenía unida a aquella ciudad. Era lo único que realmente la anclaba a aquel lugar, aparte de su trabajo. La había heredado de su hermano David, cinco años atrás.

Construida en 1954, por aquel entonces la casa podría haber sido considerada de un estilo California Craftsman. Pero cada vez que Lena observaba el revestimiento de cedro desgastado, las contraventanas y el borde blanquecino, no podía evitar pensar que aquella casa pegaba más en la costa este, en Cape Cod, que en aquella colina de Hollywood. Era una mezcla de madera y cristal que de algún modo había conseguido mantenerse en pie después de cinco décadas, de lo que ellos llamaban «temporadas». La temporada de los terremotos iba y venía durante todos los meses del año. Pero también estaba la de los incendios, la del viento de Santa Ana y, si había mucha suerte, el agua suficiente para llenar los pantanos, lo que significaba el comienzo de la temporada de las inundaciones.

David había comprado la casa porque sus padres habían fallecido hacía tiempo y se había prometido a sí mismo que, si llegaba a tener el dinero suficiente, tendría algún lugar al que su hermana y él pudieran llamar hogar. Pero no fue ni el agradable calor que emanaba de la casa ni sus magníficas vistas sobre la ciudad y la bahía lo que llamó la atención de David. Era el terreno, la privacidad y, sobre todo, el garaje, un edificio de dos pisos que quedaba a quince metros al otro lado del camino de acceso a la casa. Su grupo de música, la David Gamble Band, necesitaba un hogar tanto o más que ellos mismos y aquel garaje parecía el sitio adecuado. Una vez puesta la señal y firmados los papeles, David utilizó lo que quedaba de dinero en convertir aquella construcción en un estudio de música de vanguardia. Incluso aparecía una foto de aquel estudio en el interior del tercer CD de la banda.

Pero aquello se había acabado. El estudio permanecía oscuro

y silencioso, y así había estado durante los últimos cinco años. El tercer álbum había sido el último. Y David había muerto antes de poder hacer ninguna gira ni traer demasiado dinero a casa.

Lena le dio otro sorbo al café. La cafeína le encendía el estómago pero no conseguía despejarla demasiado. Había estado trabajando durante quince días seguidos sin descanso hasta ayer y se sentía un poco aturdida después de haberse tomado un día libre. Además, tampoco le gustaba pensar en su hermano. Le echaba de menos y su pérdida era todavía demasiado dolorosa.

Lena estaba sola y se enfrentaba al mundo manteniéndose a una distancia prudente de todos. No podía evitar sentirse así, como tampoco podía cambiar lo que había sucedido en el pasado. Aún así, le preocupaba estar gastando demasiado dinero en mantener aquella casa. De alguna manera, su hogar se había convertido en una obsesión y se aferraba a aquella vivienda porque no podía asimilar que su hermano ya no estuviese allí con ella. Se había sentido siempre muy bien junto a él.

Decidió darle otra oportunidad al crucigrama. Era viernes, y los crucigramas se iban poniendo más difíciles a medida que transcurría la semana. A Lena le gustaba aquel reto porque la mantenía distraída. También se le daba bien; a excepción de los domingos, usaba siempre un bolígrafo en vez de un lápiz para completarlos. Pero enseguida se dio cuenta, al releer las tres últimas pistas, que iba a ser inútil. La clave parecía estar en el 51 vertical, una pregunta ridícula y fácil sobre una mujer que había ganado un millón de dólares en un *reality show* de la televisión. Lena no veía mucho la tele y solo la encendía por obligación. No le gustaba cómo la caja tonta jugaba con su cabeza.

Dejó caer el crucigrama con rabia y hojeó el periódico en busca de la sección de California. Le llamó la atención una historia en la página tres. Una mujer de veintinueve años de Santa Mónica afirmaba estar embarazada a pesar de llevar dos años sin mantener relaciones. Lena comenzó a leer el artículo pero lo dejó de pronto al toparse con la palabra «Jesús». Meneó la cabeza pensando que era el tipo de historia que parecía llenar las noticias últimamente, algo que formaba parte de la rutina y el tejido del que estaba hecha la ciudad que el resto del país llamaba Los Ángeles. Lena tenía veintinueve años y tampoco había tenido relaciones

en los dos últimos años. Le parecía un asunto serio, sobre todo porque no había ninguna perspectiva en el horizonte.

Su móvil empezó a sonar sobre la mesa. Lo miró, reconoció el número que aparecía en la pantalla y lo cogió. Era su colega, Hank Novak, que la llamaba a las seis de la mañana. Trabajaban juntos en la División de Robos y Homicidios. Lena estaba segura de que su llamada no tenía nada que ver con aquella «inmaculada concepción» o de tener relaciones con Jesucristo.

—Espero que hayas descansado —dijo Novak.

—Sí, estoy bien —contestó Lena—. ¿Qué ocurre?

Lena cogió un bolígrafo. Podía notar por el tono ronco de su voz, normalmente suave, que se acababa de levantar. Por el viento que oía de fondo dedujo que su colega estaba conduciendo a gran velocidad por una autopista.

—Es en el 938 de Oak Tree Lane —dijo Novak—. En West Los Ángeles. En mi vieja *Thomas Guide* está en la página cuarenta. Vete por Sunset hasta Brooktree Road y gira a la izquierda. Parece que está a una manzana de la entrada al Will Rogers State Park. La calle Oak Tree sale de Brooktree, a unos cuatrocientos metros calle abajo a mano derecha.

—¡Cuántos árboles! —comentó Lena.

—Yo también pensé lo mismo —le contestó Novak—. Se trata de la tercera casa a la izquierda. Para cuando llegues seguro que te resulta fácil reconocerla.

Lena lo anotó todo deprisa en la cabecera del periódico. Le empezaba a preocupar el tono apresurado de Novak y el hecho de que sonara como si estuviese borracho. Nunca le había visto actuar así, pero a decir verdad todavía se estaban conociendo.

Lena había estado destinada en la División de Hollywood hasta hacía unos meses, cuando la promocionaron a la unidad de élite de la Sección Especial de Homicidios gracias a un nuevo programa de promoción interna del Departamento de Policía de Los Angeles. Era la detective más joven del grupo y la única de las dos mujeres que había en la División de Robos y Homicidios. La habían ascendido por la vía rápida porque encajaba con la nueva imagen que el nuevo jefe de Policía quería dar al Departamento. Aunque no la habían elegido exactamente por ser mujer, Lena sabía que, hasta cierto punto, el hecho de serlo siempre sería un

asunto delicado. Pero, en esta ocasión había sido su edad lo que le había dado el empujón hacia la cima, lo mismo que les había ocurrido a otros. La edad media del departamento había bajado hasta los veinticinco años. Todo el mundo sabía que muchos policías abandonaban en manada una ciudad tan dura en busca de lugares más tranquilos, y que los que aguantaban tenían su objetivo puesto en retirarse con una buena pensión. El nuevo director se daba cuenta de que la buena imagen del Departamento estaba en peligro, y estaba en lo cierto. A pesar de que Lena había recibido alabanzas de su jefe directo y había ascendido a detective en Hollywood, su experiencia se limitaba a dos años de trabajo en Narcóticos y Robos, seis meses persiguiendo a falsificadores de poca monta y solamente otros dos y medio en Homicidios. La investigación de un asesinato suponía mucha presión y Lena todavía estaba aprendiendo. A Novak, que pensaba retirarse en menos de dos años, le habían encomendado que la preparara lo mejor y más rápidamente posible.

—¿Qué nombre pone en el buzón? —preguntó Lena.

—Brant —contestó Novak—. Nikki Brant.

Novak se quedó en silencio, lo cual le dificultaba a Lena la tarea de averiguar qué estaría pensando. Notó que el ruido de la autopista disminuía y supuso que había cerrado la ventanilla.

—No vamos a llevarlo solo nosotros —dijo por fin Novak—. También han llamado a Sanchez y Rhodes.

Novak estaba preocupado. Lo podía notar en su voz. Tito Sanchez y Stan Rhodes eran otra pareja de policías joven-veterano que llevaban juntos solo un mes más que Novak y ella. Debido a la enorme cantidad de trabajo que acumulaba el Departamento se aprovechaba al máximo a cada equipo disponible. Por ello no tenía sentido dedicar dos equipos enteros a un caso. A no ser que...

—¿De cuántos cadáveres se trata? —preguntó Lena.

—Barrera solo ha hablado de uno.

—¿Era famosa?

—Todavía no. Pero puede que ahora hagan una película.

—Entonces, ¿a qué viene poner dos equipos?

—Fue idea suya, no mía —contestó Novak—. Puede que por tratarse de un barrio acomodado.

Oyó cómo a Novak se le caía el teléfono y le escuchó mascullar algo mientras trataba de recuperarlo. Ella se calzó las botas hasta los tobillos y se colocó los vaqueros por encima. Después se levantó y empezó a andar.

—Ya estoy —dijo Novak—. Es que se me cae todo.

—No es por el barrio, ¿verdad, Novak? —dijo ella—. No es por eso por lo que han doblado los efectivos.

Novak se aclaró la garganta.

—No, eso es seguramente solo parte de la verdad. Sabremos lo que nos espera cuando lleguemos allí.

Lena se había estrenado en la División de Robos y Homicidios con el asesinato de Teresa Lopez. Si pudo con aquel caso, Lena estaba segura que también podría con este. Se le cruzó una imagen por la mente como un pájaro de mal agüero: su hermano David tirado sobre los asientos delanteros de su coche en una callejuela que daba a Hollywood Boulevard. Aquella noche había sido tan oscura y todo había sido tan repentino que mientras se aproximaba al coche, había rogado que solo estuviese durmiendo.

Lena rodeó el borde de la piscina mientras fijaba la mirada en la vivienda que había justo al final de una empinada colina. Detrás de la casa había otra piscina, donde pudo ver a un hombre de mediana edad, peludo y con tripa cervecera dándose su baño matutino. A pesar de su aspecto físico, parecía deslizarse por el agua con brazadas cortas pero eficientes. Lena apretó los dientes e intentó olvidar aquella imagen de su hermano a fuerza de fijarse en aquel hombre nadando.

Oyó decir a Novak que ella era el detective principal de aquel caso.

Volvió a la mesa y mientras se sentaba dijo:

—¿De qué estás hablando?

—Hemos sido compañeros durante dos meses y creo que ya estás preparada. Vales para esto, Lena. Ya es hora de que empecemos a turnarnos en los casos. ¿Has apuntado la dirección?

Notó como un nudo en el estómago. Aquello la había acabado de despertar.

—Sí, la tengo —contestó.

Él se lo repitió de todas formas, invitándola a darse prisa, tras lo cual colgó.

Lena hizo lo mismo, miró hacia el periódico donde había anotado la dirección y se esforzó en memorizarla. Apuró el café a grandes sorbos mientras miraba de pasada el borde de la piscina, que parecía colgada sobre la ciudad, y al hombre que estaba nadando largos unos sesenta metros colina abajo. El sol había despejado el horizonte y había perdido aquel tono rojizo para convertirse en un ardiente disco blanco. Se giró y, al mirar hacia el Westside, comprobó que todavía estaba sumergido en la oscuridad.

La habían hecho responsable de aquel caso.

Cruzó el porche a grandes zancadas hasta entrar en la casa y soltó el periódico en la encimera que había entre la cocina y la sala de estar. La rodeó con prisa hasta llegar a los fuegos, cambió su taza de cerámica por un termo de acero inoxidable que ya había rellenado de café para lo que había supuesto sería su trayecto cotidiano hasta el centro de la ciudad.

Era la jefa, lo que significaba que era responsable de averiguar quién había asesinado a una persona llamada Nikki Brant. La responsabilidad de solucionar el caso recaía sobre ella.

¿Era pánico lo que la perseguía mientras recorría a toda prisa la casa? ¿O era quizá el temor a no estar a la altura para liderar un caso de asesinato como aquel o como cualquier otro lo que le producía un nudo en el estómago? Se suponía que la División Especializada de Homicidios era la élite de la policía.

Notó el temblor de su mano, pero decidió ignorarlo al tiempo que cruzaba la sala de estar hasta llegar a la mesa de su dormitorio. El escenario de un crimen era solo eso, el escenario de un crimen. Su nombre podría figurar junto al de la víctima en el fichero del caso, pero sería Novak el que verdaderamente estaría a cargo.

Se abrochó la identificación en la cadera izquierda, junto al teléfono y las esposas. Acto seguido se colocó el cinto y el revólver, un semiautomático Smith & Wesson de calibre 45 en la cadera derecha. Se puso la chaqueta mientras cogía rápidamente su maletín de la silla y se dirigió hacia la puerta.

Su Honda Prelude arrancó a la primera. Lo condujo por el camino de entrada y bajó acelerando por la serpenteante colina, con la ventanilla bajada para poder disfrutar de la brisa en su rostro. Después de unos instantes, se fijó que la emisora que tenía puesta era la KROQ. Sonaba una canción de Nirvana.

Come as you are...

Subió el volumen y miró la hora: 6:16 de la mañana. Estaba claro. Los quince minutos en el paraíso solo duraban eso, quince minutos, nada más. Podías contar con ellos, pero luego todo terminaba.

3

Lena giró en la última curva en Gower y tomó la empinada pendiente con la facilidad de un 737 a punto de aterrizar. La carretera se transformó en una recta al llegar al Pink Castle, construcción que era todo un referente y en el que nadie había querido vivir hasta que por fin, unos quince años antes, lo transformaron en apartamentos de lujo. El edificio, pintado en un rosa chillón, había recibido ese apodo¹ desde que Lena recordaba.

Vio la señal de Stop, pero en vez de frenar, apretó hasta el fondo el acelerador hasta llegar a un semáforo en rojo. Franklin parecía despejada, pero también lo parecía la autopista de Hollywood. Mientras esperaba a que cambiase la luz consideró qué ruta tomar. Oak Tree Lane debía estar como mucho a unos veinticinco kilómetros, pero a la hora punta aquella distancia podía suponer fácilmente una hora y media de viaje. En Los Ángeles la hora punta empezaba a las seis y media de la mañana y podía durar hasta las ocho y media de la noche. Incluso sin necesidad de un atasco, Sunset serpenteaba por las colinas como en una espiral y estaba plagada de semáforos. Podría llevarle una hora llegar hasta el Westside.

Comprobó la hora en el reloj del salpicadero y volvió a considerar la 101. Si se incorporaba a la autopista, los primeros ocho o diez kilómetros iría en dirección contraria, hacia el centro de la ciudad. Pero si tenía la suerte de llegar al centro y la carretera estaba medianamente despejada, podía incorporarse a Santa Monica Boulevard y reducir el tiempo de su trayecto a la mitad.

Mientras sopesaba su decisión, le invadió una sensación de *déjà*

¹ *Pink Castle* significa «Castillo Rosa» en inglés. Nota de la T.

vm. Ya había estado en esa situación anteriormente, pero no caía cuándo. Mientras repasaba lentamente su memoria, aquella sensación de opresión fue cediendo hasta desaparecer. Lena se preguntó si no se debería a que sus nervios le estaban jugando una mala pasada.

El semáforo se puso en verde. Lena cruzó Franklin, decidió arriesgarse y tomó una curva hacia la autopista, acelerando el coche a trompicones mientras se incorporaba. Se situó en el carril izquierdo a unos 130 kilómetros por hora y se tranquilizó.

Se alegró de no conducir uno de los coches del Departamento. Aunque en su división los coches iban de incógnito, si rascabas un poco la superficie te encontrabas con un viejo coche patrulla negro y blanco. Lena llevaba ya muchos kilómetros rodados como para saber que incluso en su mejor momento, esos coches iban dando tumbos y chirriaban en las curvas. Para cuando tocaba renovarlos, iban tambaleándose por la carretera como barquitos de juguete. Su coche había estado en el taller los últimos tres días y, a pesar de ser un coche viejo, Lena sentía un gran alivio en poder conducirlo de nuevo.

Puso la mano en la palanca de cambios y redujo la marcha al salir de la autopista e incorporarse a la 110.

Se dirigía hacia el sur e iba rodeando la ciudad ahora iluminada bajo un sol brillante. Después de un kilómetro y medio tomó finalmente la carretera que llevaba al oeste y se dirigió hacia esa zona, que estaba todavía envuelta en nubes oscuras. Levantó el visor cuando percibió que la claridad del día cedía. Se dio cuenta de que había merecido la pena arriesgarse: la carretera que se dirigía hacia al océano parecía estar despejada. Pero cuando se acomodó en el asiento y cogió su café volvió a experimentar esa sensación de *déjà vu*. Esta vez la impresión tuvo más fuerza, casi la oprimía.

Novak había dicho que Oak Tree Lane daba a Brooktree. ¿Por qué le resultaba aquello tan familiar?

Al fin cayó en la cuenta de que ya conocía aquella parte del barrio. Había sido hacía cuatro años, cuando Lena trabajaba en Narcóticos. Un maleante llamado Rafi Miller tenía medio kilo de droga muy adulterada, y la estaba vendiendo a mitad de precio porque era tan mala que los compradores se morían antes de si-

quiera poder colocarse. Los rumores que circulaban tampoco le estaban haciendo ningún favor a su reputación. Para cuando Lena y su compañero le localizaron y le hicieron una oferta, Rafi estaba ansioso por llegar a algún acuerdo.

Lena le dio otro sorbo a su café mientras recordaba aquella operación.

Se acordó de cómo Rafi escogió un lugar alejado y de cómo había insistido en que fuera Lena sola. Rustic Canyon Park estaba situado en un barrio tranquilo cerca de la costa y no tenía más que una piscina pública y un par de pistas de tenis. Todavía se acordaba de la cara de Rafi cuando salió de su Mercedes amarillo y le guiñó un ojo desde la oscuridad. También del penetrante olor a vinagre que desprendía la heroína abierta cuando Rafi le alcanzó una muestra y le aseguró que aquel era «caballo de primera».

El extremo sur de Brooktree Road estaba a media manzana del parque. Lo habían cercado aquella noche, puesto que era una posible ruta de huida de Rafi en caso de que la cosa se desmadrara y el camello decidiera salir corriendo.

Así que al fin resultaba que Lena sí conocía aquella zona.

Miró por la ventana hacia el mar mientras conducía por la 10 y luego por la Pacific Coast Highway. Ya no se veía el sol, escondido entre una bruma espesa que chocaba continuamente contra el parabrisas. Puso en marcha el limpia y giró a la derecha en West Channel para abrirse camino colina arriba a través de unas callejuelas estrechas. En unos minutos, entre la oscuridad reinante, localizó Rustic Canyon Park. Giró luego a la izquierda para coger Brooktree. Mientras bajaba la pendiente vio las luces de las sirenas de los coches del Departamento y a un agente de pie delante de un pequeño puente de madera. Bajó la ventanilla, miró hacia el riachuelo mientras buscaba la placa y se la mostraba al agente. Cuando este la dejó pasar, Lena se entretuvo un rato en el puente y miró calle abajo; le pareció que se adentraba en un pequeño pueblecito de un bosque.

Novak había estado en lo cierto. No había necesitado la dirección exacta de Oak Tree Lane. Pasó de largo una hilera de coches patrulla y se fijó en la cinta amarilla que acordonaba la escena del crimen y que ya habían colocado alrededor de la casa. Solo habían dejado una entrada abierta junto a la acera, para que pudiera ac-

ceder al lugar el vehículo de la División de Investigación Científica. Pero el forense ya había llegado y Novak le estaba ayudando a aparcar. Había dejado suficiente espacio para lo que Lena supuso sería el puesto de mando temporal, que situarían bajo el canalón del tejado. Novak la localizó y la saludó con la mano. Lena correspondió al saludo con un ligero movimiento de cabeza y avanzó hasta encontrar un hueco donde aparcó, tres casas calle abajo.

Había agentes uniformados repartidos por toda la calle llamando a las casas de los vecinos en busca de alguna pista relevante. Lena apuró el café, notando su mente más despejada gracias a la cafeína. Luego salió del coche y empezó a caminar en la niebla. Estiró las piernas, respiró profundamente y soltó el aire lentamente. Parecía realmente limpio, libre de contaminación. Percibió una brisa ligera, con un aroma a tierra salpicado de un cierto olor a eucalipto. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue el silencio reinante. No se oía ni la autopista ni el ruido del tráfico al incorporarse a la Pacific Coast Highway. No se escuchaba nada, aparte de los pájaros y del ruido del agua al caer sobre las rocas del arroyo. Tras abrir el maletero y coger su maletín, echó una mirada a la calle. Las viviendas eran dos o tres veces más grandes que la suya, algunas incluso mucho más, pero todas estaban situadas muy cerca de la carretera. En California es muy típico que la privacidad de una vivienda quedara relegada a la parte posterior de la casa, mientras que en la parte delantera, las estrechas calles quedaban tan solo parcialmente tapadas con vallas o muretes de piedra con verjas de hierro.

Aquí parecía que el paraíso podía durar más de quince minutos. A no ser, claro está, que hubieras tenido la mala suerte de vivir tres casas más adelante.

Cerró el maletero con fuerza y escuchó ladrar a un perro en la casa frente a la que había aparcado. Empezaba a alejarse cuando, de pronto, se abrió una puerta. Lena se giró para mirar y vio cómo un terrier blanco atado a una correa salía corriendo hacia la verja seguido de un hombre de mediana edad que llevaba puesto un albornoz.

—Disculpe —gritó el hombre—. ¿Sabe usted qué ha sucedido?

Lena se colgó el maletín al hombro.

—¿Han pasado ya por aquí los agentes? —preguntó.

El hombre negó con la cabeza, asustado.

—Me llamó un vecino para contarme que habían asesinado a alguien y que podía tratarse de Nikki.

—Entonces sabe lo mismo que yo.

Hubo un minuto de silencio durante el cual el hombre se mostró visiblemente afectado. Normalmente, Lena habría cortado la conversación. Pero vio el termómetro exterior que había en la casa, comprobó su reloj y se dirigió a la verja de entrada. A las siete menos cinco hacía tan solo nueve grados. Avanzó otro paso. El perro comenzó a ladrar de nuevo, meneando la cola y tratando de atravesar la cerca. El hombre apretó la correa pero Lena notó que lo hacía con suavidad.

—¿Qué tal durmió su perro anoche? —preguntó Lena.

—No muy bien. De hecho, nos despertó en mitad de la noche —contestó el hombre.

—¿A qué hora?

El hombre pareció meditar un momento, ahora más relajado.

—Sobre la una y media. Luego comenzó a ladrar de nuevo a las dos.

—¿Y después?

—Durmió plácidamente mientras mi mujer y yo no parábamos de dar vueltas en la cama.

El hombre miró a Lena con una sonrisa. Estaba claro que quería a su perro.

—¿Suele ladrar mucho por la noche? —preguntó Lena.

—Solamente cuando se nos olvida cerrar la verja y los coyotes pululan por el jardín trasero por la noche. Pero anoche me fijé que estaba cerrada.

Lena vio aparecer el camión de la División de Investigación Científica al doblar la esquina de la calle.

—¿Cómo se llama su perro?

—Louie —replicó el hombre con orgullo.

—Pues asegúrese de hablarles a los agentes sobre Louie cuando se pasen por aquí.

El hombre asintió. Lena sacó del bolsillo una tarjeta de visita genérica que le había proporcionado el Departamento y anotó su

nombre y su número de teléfono. Había hecho un pedido de tarjetas personales la semana anterior y, al igual que ocurría con su teléfono móvil, tendría que correr ella misma con los gastos. Le alcanzó la tarjeta al hombre y le pidió sus datos. Anotó la información mientras protegía su libreta de la llovizna. Rodeó con su lápiz la hora a la que el perro había empezado a ladrar la noche anterior. Era solo una corazonada, pero cabía la posibilidad de que el forense y el patólogo pudieran casarlo con la hora de fallecimiento de la víctima.

Se guardó la libreta en el bolsillo de la chaqueta, dio las gracias al hombre y se dirigió calle abajo. Al pasar por delante de un seto, y a través de la neblina, apareció en su campo de visión la casa donde se había cometido el crimen. Parecía algo más antigua que las de alrededor. Habría sido construida en la década de los veinte y daba la sensación de haber sido la caseta de entrada de una vivienda más grande que podría estar escondida tras el follaje. La fachada era una mezcla de guijarros y de tablas de cedro que habían sido barnizadas con un tono más oscuro. Por entre las juntas de la pizarra del tejado sobresalían trozos de musgo. Detrás de la casa se podía ver un conjunto de sicomoros y dos enormes robles. Las copas de los árboles parecían proporcionar una sombra bastante tupida, por lo que Lena pensó que ni siquiera en un día despejado aquel lugar podría disfrutar de demasiada luz.

Pasó por debajo de la cinta amarilla del cordón policial. Un agente se le acercó con un bloc donde anotó su nombre y número de placa. Mientras cruzaba el jardín delantero hacia la entrada de la casa pudo comprobar la tensión que reinaba en el ambiente. El personal técnico de la policía estaba absorto preparando su material; centrados en su tarea apenas hablaban o lo hacían en susurros. No reconocía a ninguno de ellos, excepto a una figura corpulenta con la piel color café con leche que saltaba en ese momento del camión de la División de Investigación Científica. Lamar Newton le lanzó una sonrisa inquieta, se rascó la cabeza, se sentó en la cerca trasera y abrió la funda de su cámara. Se conocían desde la operación de Rustic Canyon Park. Habían montado dos cámaras equipadas con lentes de visión nocturna en la copa de los árboles. Mientras Lena se reunía con Rafi Miller, Lamar había estado grabando toda la operación en video desde

el centro comunitario del parque. Aquella noche les había unido mucho y habían trabajado muy bien juntos desde entonces.

Lena rodeó la furgoneta del forense y se topó con Novak, que estaba subido a una escalera de dos metros atando una lona azul al canalón de desagüe de la casa. Parecía preocupado por lo que se pudiera ver desde Brooktree Road. Le dio un sorbo a su lata de Coca-Cola Light mientras acababa de ajustar la lona. Si llegaban los medios de comunicación vendrían con cámaras y lentes de largo alcance, quizá incluso lectores de labios. Novak intentaba con ello que pudieran trabajar con un poco de privacidad.

—No has tardado mucho en llegar —comentó mientras descendía de la escalera.

Pudo notar su sonrisa forzada y la mirada de cansancio en sus ojos azules. También cómo las canas se iban mezclando con su cabello rubio y su tez cenicienta. Parecía diez años mayor que antes de cogerse aquel día libre. Lena volvió a notar aquella opresión en el estómago.

—Ya has echado un vistazo, ¿verdad? —preguntó Lena.

Él asintió. Novak había sido el primero en llegar y había tenido la oportunidad de ver la escena del crimen.

—¿Tan horrible es?

Novak tardó un rato en hablar. En su lugar, dirigió la mirada hacia el coche de policía de incógnito que había dejado aparcado justo en la entrada de la casa de enfrente. Lena siguió su mirada y vio un coche idéntico aparcado a su lado. En él estaba Tito Sanchez sentado en el asiento delantero junto a un hombre que no conocía. Tendría unos treinta años y parecía estar destrozado. Lena dedujo que se trataría del marido de Nikki Brant.

—¿Recuerdas el caso de Teresa Lopez? —preguntó Novak en voz baja.

Se acordaba perfectamente. Su colega no necesitaba contarle nada más.

Puede que todavía se estuvieran acostumbrando el uno al otro, pero para Lena, Hank Novak era sin duda el mejor compañero de trabajo que había tenido nunca. Con su metro ochenta y cinco de altura, le sacaba unos ocho centímetros, aunque esa diferencia no impedía que siempre se miraran directamente a los ojos. Su amistad había comenzado en el instante en el que el teniente Ba-

rrera les presentó y le pidió a Novak que llevara a Lena hasta su escritorio. Novak parecía estar contento de que Lena estuviera en su equipo y no la consideraba una carga. Al contrario, hizo todo lo posible para que ella se sintiera cómoda desde el principio, mientras le iba enseñando a manejarse en el trabajo. Estaba divorciado, pero tenía tres hijas y a Lena le parecía que le gustaban las mujeres, lo cual para ella era muy importante. Aunque siempre estaba hablando de su jubilación y tenía un montón de folletos de viajes y de pesca repartidos por el coche, le encantaba contar historias sobre los veintisiete años que llevaba siendo policía. Hablaba de sus equivocaciones y de lo que había aprendido de ellas. Lena se preguntaba a menudo cómo habría podido Novak mantener su humanidad intacta a lo largo de tantos años y soñaba con conseguirlo ella también.

Sacó un par de guantes de vinilo de la caja que llevaba siempre en su maletín y se los colocó.

—¿Dónde está Rhodes?

—Dentro de la casa, rodeando la zona con cinta —dijo Novak—. El cadáver está en el dormitorio. El que está en el coche con Tito es James Brant. Dice que llegó a casa sobre las cinco y media después de estar trabajando toda la noche. Cuando descubrió a su mujer llamó a la policía.

Lena volvió a fijarse en James Brant y pensó con preocupación que quizá habría contaminado la escena del crimen.

—¿Cuánto tiempo estuvo solo en la casa?

—Una media hora. Cuando llegué estaba dentro del coche patrulla con los de West L.A. Brant asegura que no tocó nada. Que no llegó a entrar en el dormitorio. Que en cuanto la vio llamó a la policía.

—¿Y qué hay de los de West L.A.?

—No llegaron a entrar en la habitación. Se retiraron y mandaron a casa a los sanitarios. Nos llamaron al instante, al comprobar desde la puerta del dormitorio de qué tipo de crimen se trataba.

De qué tipo de crimen se trataba...

Lena trató de no pensar mucho en aquella frase, pero por la forma desenfrenada en que Novak apuraba su Coca-Cola, como si fuese una Bud Light cuando todavía podía beber cerveza, supo de inmediato que la imagen del crimen se le había quedado bien

grabada en el cerebro. Al girar la cabeza divisó a Stan Rhodes, que salía de la casa con un rollo gastado de precinto. Le lanzó una mirada de las suyas, con aquellos ojos oscuros, algo que no había hecho desde que a Lena la promocionaron a la División de Robos y Homicidios. Habían tenido una historia, algo que Lena no tenía, de momento, intención de desenterrar. Mantuvo la mirada fija, como solía hacer. Lena supo que Rhodes pensaba lo mismo que ella.

—He marcado una zona segura hasta el cadáver —le dijo—.
¿Están listos los de Investigación Científica?

Novak contestó en lugar de Lena:

—En un minuto.

—Os veo en el vestíbulo —dijo Lena.

—Está bien —respondió Rhodes en voz baja—. Pero no vayas mucho más allá.